

946  
L.

DCL79

L3  
V.2



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

88480  
78371

AMOTER

# HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

## LIBRO TRECE.

Dumouriez.—Su retrato.—Dificultades de la situación de Roland.—Dumouriez mediador entre el rey y la nación.—Consejos que da a la reina.—Preséntase en los Jacobinos.—Pónese el gorro encarnado y abraza a Robespierre.—Escrito del rey a la Asamblea.—Adopta el nuevo ministerio.—Armonía aparente en el consejo.—Reunion de los girondinos en casa de madama Roland.—Carta confidencial de Roland al rey.—Relaciones secretas entre palacio, Vergniaud, Guadet y Gensonné.—Disensiones entre Dumouriez y los girondinos.—Dumouriez trata de unirse a Danton.—Antagonismo de Brissot y de Robespierre.—Discursos de uno y otro.

Dumouriez era el genio audaz y hábil que buscaban los girondinos, y sin embargo, había vivido desconocido hasta entonces sin poder prometerse hacer fortuna a no ser por un capricho de la suerte. Los que le habían buscado con tanto afán veían que su nombre no llegaría jamás a hacerles sombra, y estaban resueltos a deshacerse de él y a tratarle sin compasión, dado caso que saliesen fallidos sus cálculos. Brissot, que era el oráculo diplomático de la Gironda, parecía señalado para desempe-

ñar definitivamente el ministerio de Negocios extranjeros, que se proponia dirigir de antemano, siendo Dumouriez únicamente el ministro ostensible del ramo.

Los girondinos habian dado con él por conducto de Gensonné, colega de Dumouriez, en la mision que la Asamblea constituyente habia confiado á los dos, de ir á examinar el estado en que se hallaban los departamentos del Oeste, agitados ya por un presentimiento sordo de la guerra civil y por los primeros disturbios en materia de religion. Estos dos hombres, habian tenido motivos de tratarse con intimidad en los meses que habia durado su comision, y de comunicarse mutuamente sus ideas respecto á los sucesos que agitaban los espiritus á la sazón.

Este trato tan frecuente habia hecho que se conociesen perfectamente uno á otro. Gensonné, hombre de discernimiento habia reconocido en su asociado uno de aquellos genios ocultos en la oscuridad por efecto de las circunstancias, pero capaz de brillar en cuanto apareciese en público; tambien habia descubierto en él un temple de alma suficientemente fuerte para dirigir la acción de una revolucion, y asaz elástico para doblarse á todas las dificultades que ofrecen los negocios. En una palabra, Dumouriez habia ejercido sobre Gensonné desde el dia que se conocieron aquel ascendiente y aquel dominio que una superioridad que se esconde, no deja jamás de ejercer sobre los espiritus de aquellos á quienes se manifiesta sin rebozo, y tal cual es en sí. Esta seducción, especie de confidencia del genio, era uno de los rasgos distintivos del carácter de Dumouriez. Con ella conquistó mas tarde á los girondinos, al rey, á la reina, al ejército, á los Jacobinos, á Danton y hasta al mismo Robespierre. A esto es á lo que los grandes hombres llaman su estrella, estrella que marcha delante de ellos y que les prepara los caminos: la estrella de Dumouriez era la seducción; pero esta misma seducción no era sino

la fuerza de unas ideas justas, abundantes y rápidas, en cuya órbita la increíble actividad de su espíritu hacia girar el espíritu de los que le oian ó le veian obrar. Gensonné, al volver de la comision, de que hemos hablado, habia querido enriquecer su partido dándole este hombre desconocido cuya futura grandeza presentia ya. En consecuencia, le presentó á todos sus amigos, á quienes no ocultó la sorpresa y la confianza que le habian inspirado las grandes facultades que habia descubierto en Dumouriez, ya como diplomático, ya como militar. Háblóles de él como de un salvador oculto que el destino preparaba á la libertad. Al mismo tiempo les exortó á unirse á aquel hombre que les engrandecería, engrandeciéndose él por su medio.

Apenas le hubieron visto cuando quedaron convencidos de la exactitud de cuanto les habia dicho Gensonné. El espíritu de este hombre era eléctrico y heria antes que hubiese tiempo de entrar en discusion con él. Los girondinos le presentaron á de Grave y este al rey. Luis XVI le propuso la interinidad del ministerio de Negocios extranjeros hasta tanto que habiendo probado Mr. de Lessart su inocencia pudiese volver á ocupar su puesto en el consejo. Dumouriez se negó á aceptar una interinidad que le inutilizaba con todos los partidos y le hacia sospechoso á todos ellos. El rey cedió y Dumouriez fué nombrado ministro

## II.

La historia debe detenerse un momento ante este hombre, que sin tomar el título de dictador, ejerció por espacio de dos años sobre la Francia moribunda, la dictadura menos cuestionable de todas ellas: la del genio. Dumouriez fué uno de aquellos hombres que no se pintan

solo con nombrarlos; que tienen en lo pasado el secreto de su porvenir y cuya existencia como la de Mirabeau, está repartida en dos épocas que tienen sus cimientos en distintos suelos y que no pueden conocerse sino detallándolos.

Dumouriez era hijo de un comisario de guerra, y habia nacido en Cambrai en 1739. Aunque su familia vivia en el Norte de Francia, era oriunda del Mediodía, de Aix, en Provenza. Su padre, literato y militar á la vez, le dió una educacion que pudiese convénir á ambas carreras, y un tío suyo, oficial del ministerio de Negocios extranjeros le inició, siendo muy jóven, en la diplomacia. Dotado Dumouriez de un espíritu fuerte y flexible á la vez, á todo se prestaba, y tan apto para obrar como para discurrir, pasaba sin violencia de una cosa á otra segun lo exigian las circunstancias. Habia en él la flexibilidad de genio de los griegos en la época de la democracia ateniense. Desde muy jóven se dedicó especialmente al estudio de la historia de ese poema de los hombres de accion, y Plutarco fué uno de los autores preferidos por él, que queria modelarse por las figuras antiguas, pintadas por aquel historiador con tanta verdad. En sus héroes descubria el ideal de su propia vida, y todos los distintos papeles de aquellos grandes hombres los escogia alternativamente y los desempeñaba en sueños, dotado por la naturaleza de un carácter tan á propósito para representar el que mejor le acomodase, que puede decirse que hubiese desempeñado con la misma propiedad el de Aristipo que el de Temistocles; el de Esecipion como el de Coriolano. Unia á sus estudios, los ejercicios militares, y tan hábil en el manejo de la espada como intrépido para domar un caballo, ejercitaba con tan buen éxito sus fuerzas corporales como las facultades de su inteligencia. Demóstenes á costa de mucha paciencia habia logrado corregir su tartamudez y hablar tan claro como cualquier otro hombre. Dumouriez á pesar de ser de un tempe-

ramento débil y enfermizo, logró por su constancia fortalecer su cuerpo, hasta hacerlo apto para sufrir las fatigas de la guerra. La actividad ambiciosa de su alma necesitaba prepararse de este modo el instrumento que habia de servir mas tarde á su elevacion.

### III.

Rebelde nuestro héroe á la voluntad de su padre, que queria que entrase en la secretaría de la Guerra, obtuvo una charretera en un regimiento de caballeria, profesion mas de su agrado que la de manejar la pluma. Hizo la campaña de Hannover de ayudante de campo del mariscal de Armentieres, y en una retirada arrancó una bandera de manos del que huia con ella, reunió doscientos caballos á su inmediacion, y salvó una bateria de cinco piezas protegiendo con aquel puñado de valientes el paso del ejército. Habiéndose quedado casi solo á retaguardia, aun se defendió desesperadamente detrás de su caballo muerto en la refriega, desde donde hirió á tres husares enemigos. Por fin, acribillado de balazos y de sa- blazos, con dos dedos menos en la mano derecha, descalabrado, casi ciego de un fagonazo y con la pierna derecha presa debajo del caballo, fué hecho prisionero por el baron de Beker, que le salvó la vida en consideracion á su bizarría y le hizo trasportar al campamento inglés.

Su juventud y temperamento hicieron que se hallase restablecido al cabo de dos meses. Destinado á formarse para la victoria con el ejemplo de las derrotas é impericia de nuestros generales, tocóle reunirse á los mariscales de Soubise y de Broglie por cuya causa presenció todos los desastres que debe la Francia á la envidiosa rivalidad de aquellos dos generales.

Hecha la paz, fué á reunirse con su regimiento que estaba de guarnicion en Saint-Lo, pero al pasar por Pont-Audemer en donde vivia una hermana de su padre, las gracias de una prima suya, hija de aquella señora, le hicieron apasionarse de ella; esta le correspondió por su parte, y se hubiera verificado la union de los dos amantes á no haberse opuesto á ella el padre de Dumouriez. Desesperada la jóven en vista de este contratiempo, se metió en un convento de donde juró arrancarla Dumouriez. Dirigiese allí con este intento, pero apoderándose de él en el camino una tristeza que no pudo dominar, compró en Dieppe una gran cantidad de opio y encerrándose en su cuarto, escribió una carta de despedida á su amante, y otra á su padre reconviéndole por lo que se veía obligado á ejecutar, é inmediatamente se envenenó. Salvóle su buen temperamento por segunda vez, y arrepentido de lo que habia hecho, fué á echarse á los pies de su padre, y obtuvo de éste el perdon que solicitaba.

A los veinte y cuatro años y despues de siete campañas, lo único que habia sacado de ellas era veinte y dos heridas, una cruz, el grado de capitán, una pension de seiscientas libras, muchas deudas, y un amor sin esperanza, que martirizaba continuamente su alma. Aguijonada su ambicion por este amor le hizo buscar en la política una posicion que la guerra no habia querido proporcionarle.

Habia entonces en París uno de esos hombres enigmáticos que son á la vez medio intrigantes y medio hombres de Estado, subalternos anónimos que desempeñan bajo la direccion de otros hombres de mas valor, ciertos papeles oscuros al parecer, pero que son en realidad de la mayor importancia. Estos hombres, que bajo la apariencia de la política no son sino los gefes de la policia secreta, son despreciados por los mismos gobiernos que se valen de ellos, y recompensan sus servicios prodigándoles el oro á manos llenas. Muchas veces tiene sus

contras este despreciable papel, y los que se dedican á tan vergonzoso tráfico se hallan comprometidos y se ven desterrados ó encarcelados, pero nada les importa el cautiverio ni el deshonor, con tal que no les falte el dinero.

Estas gentes, verdadera escoria de la sociedad, están siempre de venta como un mueble cualquiera, y su valor consiste en su mas ó menos talento y en la utilidad que de ellos puede sacarse. Este odioso encargo fué desempeñado mucho tiempo por Linguet y por Brissot, pero entonces estaba en posesion de él un tal Favier.

Este hombre, empleado alternativamente por el duque de Choiseul y por Mr. de Argenson en redactar memorias diplomáticas, conocia perfectamente la política europea. Espia vigilante en todos los gabinetes, sabia sus segundas intenciones, adivinaba sus intrigas y las burlaba y contraminaba valiéndose de medios, cuyo secreto era desconocido algunas veces hasta del ministro de Negocios estrangeros por cuyas órdenes obraba. Luis XV, rey de miserables pensamientos y de pequeños medios, no se desdenaba de confiar á Favier las tramas que urdia contra sus mismos ministros. Favier era el confidente de la correspondencia política, que sin que lo supiese, y contra las miras de su gabinete, mantenía este príncipe con el conde de Broglie. Sospechada mas bien que conocida esta confidencia por los ministros, y siendo Favier hombre de un talento distinguido como escritor, y de vastos conocimientos tanto en derecho público como en historia y diplomacia, tenía un crédito en la administracion, y una influencia en los negocios muy superiores al desacreditado y oscuro papel que representaba esteriormente; pudiendo decirse de él que era una especie de ministro de las grandes intrigas de la época.

## IV.

Dumouriez, al ver cerradas ante sí todas las sendas de la fortuna, resolvió dirigirse hácia ella por caminos tortuosos y se unió á Favier. Contrajeron una estrecha amistad al poco tiempo de conocerse, y al roce que tuvo Dumouriez en sus primeros años con un hombre tan astuto, es á lo que debe achacarse cierta cosa indefinible, tan hábil como la intriga y tan inconsiderada como un golpe de mano, cosa que siempre resaltó en todos los actos de la vida pública de Dumouriez, y que le hacia aparecer tanto en política, como en la época de su heroísmo, como un aventurero temerario, y no como hubiera debido aparecer segun los principios en que habia sido educado. Favier le inició en los secretos de las córtes, y comprometió á Luis XV y al duque Choiseul á que se valiesen simultáneamente de las grandes disposiciones de Dumouriez tanto para la guerra como para la diplomacia.

Esta fué la época en que el gran patriota corso Paoli se esforzaba por arrancar su pais de la tiranía de la república de Génova, y por asegurar á su pueblo la independencia, cuyo patronato ofrecia alternativamente ya á la Inglaterra, ya á la Francia. Dumouriez en cuanto llegó á Genova trató de burlar á la vez á la república, á Inglaterra y á Paoli, contra el cual conspiró uniéndose á unos aventureros corsos, desembarcando en la isla, á la que escitó á recobrar su independencia, saliendo á medias con su intento. Despues de dado este paso, fletó una falua y se embarcó para ir á dar parte al duque de Choiseul de la situacion en que dejaba la Córcega y para pedir auxilios á Francia. Detenido por una tempestad que le hizo andar algunas semanas de acá para allá, por las costas de Africa, llegó á Marsella demasia-

do tarde porque halló ya firmado el tratado entre Francia y Génova. En vista de esto se dirigió á Paris y fué á apearse en casa de su amigo Favier.

Este le confió que se hallaba encargado de redactar una memoria en que se hiciese ver al rey y á los ministros la necesidad de sostener la república de Génova contra los corsos; que esta memoria le habia sido exigida en secreto por el embajador de Génova y por una doncella de la duquesa de Grammont, hermana favorita del duque de Choiseul; que esta última tenia puestos á rédito sus capitales, lo mismo que los hermanos de la Dubarry, en el ramo de las provisiones del ejército; finalmente, que el precio de aquella memoria y de la sangre de los corsos, eran quinientos luises, de los que le ofrecia una parte á condicion de que procurase en cuanto de él dependiera que esta intriga saliese bien. Dumouriez fingió aceptar gustoso lo que se le propone, pero apenas sale de casa de su amigo, cuando vuela á la del duque de Choiseul, le revela lo que se está tramando, y al ver que esta revelacion es bien acogida por el ministro, cree haberle convencido y se prepara para salir de nuevo á llevar á los corsos los subsidios y las armas que esperaban. Mas al dia siguiente halla que el ministro se habia vuelto enteramente, y arrojado de su audiencia con palabras insultantes se retira y pasa secretamente á España. Ayudado por Favier, que se contentaba con haberle burlado, pero que tenia compasion de su candor, y protegido tambien por el duque de Choiseul, conspira en union del ministro español y del embajador de Francia, para conquistar á Portugal, cuya topografía y medios de defensa se le encarga que estudie militarmente. El marqués de Pombal, primer ministro portugués, concibe sospechas sobre la mision de Dumouriez y le manda salir inmediatamente de Lisboa. El jóven diplomático se vuelve á Madrid donde recibe la noticia de que ganada su prima por las monjas le abandonaba pa-

ra tomar el vélo. Entonces, entra en relaciones con una francesa, hija de un arquitecto que estaba establecido en Madrid, y en sus brazos se adormece por algunos años aquella actividad que paralizan las delicias de un amor correspondido. Una orden del duque de Choiseul le llama de nuevo á París, y aunque vacila en obedecer, su misma querida le hace decidirse y le sacrifica su fortuna como si hubiese presentado aquella jóven la gloria que debía alcanzar su amante andando el tiempo. En cuanto llegó á París se le nombró cuartel-maestre general del ejército francés en Córcega, en donde se distinguió como se había distinguido en todas partes. Aporóse á la cabeza de un destacamento de voluntarios del castillo de Córte, residencia y último asilo de Paoli. Saqueado el castillo de aquel desgraciado patriota, Dumouriez se reservó la librería. Los libros de que esta se componia y las anotaciones puestas al margen de ellos por el mismo Paoli, revelaban uno de aquellos caracteres que buscan otros que se le semejen en las grandes figuras de la antigüedad. Dumouriez era digno de poseer aquellas obras, puesto que las preferia al oro de que pudiera muy bien henchir sus gabetas. El gran Federico llamaba á Paoli el primer capitán de Europa. Voltaire le titulaba el vencedor y el legislador de su patria. Los franceses se avergonzaban de vencerle y la fortuna se ruborizaba de abandonarle. Si aquel hombre no logró libertar la patria, al menos se inmortalizó con ella en la lucha que sostuvo. Ciudadano demasiado grande para un pueblo tan pequeño, su gloria no estuvo en proporcion de la pequeñez de su patria sino de la grandeza de sus virtudes. La Córcega ha quedado en el rango de las provincias conquistadas y Paoli en el de los grandes hombres.

—21— Cuando Dumouriez volvió á París, pasó un año frecuentando la sociedad de los literatos y de las mugeres disipadas que daban á las reuniones de aquella época, el espíritu y el tono de una orgia decente. Ligado cordialmente con una antigua compañera de madama Dubarry, conoció á aquella cortesana advenediza, á la cual el libertinage había elevado hasta el trono. Adicto sin embargo, al duque de Choiseul, enemigo declarado, de aquella querida del rey, y conservando Dumouriez aquel honor que en los franceses hace las veces de la virtud, no prostituyó su uniforme yendo á hacer la corte á la favorita; por el contrario, se avergonzó al ver al anciano monarca, ir á pie y con la cabeza descubierta delante de su ejército en las revistas de Fontainebleau, al lado de la carroza, en que aquella muger hacia ostentacion de su belleza y del dominio que sobre el rey ejercia. Madama Dubarry se dió por ofendida de que el jóven oficial no asistiese á su reunion, y adivinó que la causa de esto era el desprecio que hacia ella tenia. En consecuencia, Dumouriez pasó á Polonia encargado de una comision semejante á la que habia desempeñado en Portugal. Esta comision diplomática y militar á la vez, era un pensamiento secreto del rey, aconsejado por su confidente el conde de Broglie, á quien Favier habia inspirado. Era esta época aquella en que oprimida la Polonia y medio ocupada por los rusos, amenazada por Prusia y abandonada por el Austria, trataba de hacer algunos esfuerzos por disputar al menos algunos restos de su nacionalidad á sus opresores; este era el último suspiro de la libertad que hacia alentar aun el cadáver de un gran pueblo. El rey, que temia chocar con Catalina, emperatriz de Rusia á la sazón, que tam-

poco queria dar pretestos de hostilidad á Federico, ni infundir sospechas á la corte de Viena, queria ofrecer á la agonizante Polonia la mano de la Francia, pero ocultándola y reservándose hasta el cortarla en caso necesario. Dumouriez fué el escogido para esta intriga como ministro secreto de la Francia, cerca de los confederados polacos, y como general acreditado en caso de necesidad. Este general, sin embargo, era un aventurero, y no de tan buena fama como el caso requería, para poder reunir en torno suyo y dar direccion á los esfuerzos de aquellos bizarros polacos, que aspiraban á sacudir el férreo yugo que les oprimia.

Indignado el duque de Choiseul al ver el abatimiento de la Francia, preparaba bajo mano la guerra entre Prusia é Inglaterra. Para el plan de campaña que se habia propuesto, necesitaba llamar la atencion general hácia Polonia, por lo cual dió á Dumouriez sus instrucciones de palabra; pero derribado del ministerio por las intrigas de madama Dubarry y de Mr. de Argenson, se vió desterado de Versalles, antes que Dumouriez hubiese llegado á aquel mismo reino. Cambiada la política francesa al par del ministerio, hizo fracasar de antemano los planes de Dumouriez que los siguió, sin embargo, con un ardor constante, digno de haber obtenido otro éxito mas feliz que el que le aguardaba. Encontró á los polacos envilecidos por la miseria, por la esclavitud y por el hábito de sufrir pacientemente el yugo extranjero. Sus nobles corrompidos por el lujo y encenagados por los placeres, gastaban en inútiles intrigas y en palabras vanas, el ardor de su patriotismo en las conferencias de *Epéries*, celebradas despues de la confederacion de Bar. Una muger de estremada belleza, de elevada clase y de un genio oriental, ataba y desataba en el negocio de la salvacion de la patria, segun convenia á su ambicion ó á sus amores. En vano algunos oradores patriotas hacian resonar allí por última vez los acentos de independencia.

Algunos príncipes y algunos caballeros, sin estar de acuerdo entre sí, formaban partidas que peleaban mas bien como guerrilleros que como ciudadanos, y con cuyo mando adquirian aquellos una gloria personal, pero que en nada influía para la salvacion de la patria. Sirvióse Dumouriez del ascendiente que sobre todos tenia la condessa, y á costa de grandes esfuerzos, logró reunir todas aquellas partidas diseminadas, formar un buen trozo de infantería, y habiendo creado ademas un cuerpo de artillería, se apoderó de dos fortalezas, amenazó en distintos punto á los rusos que se hallaban diseminados por las vastas llanuras de Polonia, adiestró en el arte de la guerra, y disciplinó aquel patriotismo insubordinado de los sublevados, y finalmente batió á Souwarow, general ruso, que andando el tiempo debia amenazar muy de cerca á la república.

Mas el rey de Polonia, Estanislao, hechura coronada de Catalina, vió el peligro de una insurreccion nacional, que al mismo tiempo que arrojase de su territorio á los rusos se llevaria tras sí el mal seguro trono en que se sentaba. Supo paralizarla proponiendo á los confederados reunirse con ellos. Bohuez, último orador célebre de la libertad polaca, rebatió en un discurso sublime el pérfido discurso del rey, y arrastró á los confederados por unanimidad al último partido que resta á los oprimidos: la insurreccion. Apenas estalla, cuando Dumouriez, que es el alma de ella, vuela, de un campo á otro y da unidad al plan de ataque. Circunvalada Cracovia, se ve espuesta á caer en sus manos, y en tanto los rusos vuelven á atravesar las fronteras en el mayor desórden. Pero la anarquía, ese genio fatal de la Polonia, disuelve prontamente la union de aquellos gefes que se entregan unos á otros á los enemigos. Todos quieren tener el honor esclusivo de salvar la patria, pero prefieren que se pierda, á que sea un rival suyo quien la salve. Sapieha es asesinado por sus nobles. Pa-

laski y Mickzenski, son entregados á los rusos despues de estar heridos. Zarembo hace traicion á su patria; Oginski, único que quedaba ya de aquellos grandes patriotas, subleva la Lituania en el mismo momento en que la Pequeña Polonia rinde las armas. Abandonado y fugitivo se escapa a Dantzick y anda errante por espacio de treinta años por Europa y América, siendo el único que lleva su patria en el corazón. La hermosa condesa de Mniszek, desmaya y sucumbe al dolor, viendo esclavizada su patria. Dumouriez Hora á aquella heroína aorada de un país en que, según aquel general, los verdaderos hombres son las mugeres, y envaina su espada desesperado al considerar aquella aristocracia sin pueblo, lanzando á la Polonia al ausentarse de ella, el terrible apóstrofe de: *nacion asiática de Europa.*

Entonces volvió á París. El rey y Mr. de Argenson para salvar las apariencias con Rusia y Prusia le encierran en la Bastilla lo mismo que á Favier; allí pasa un año maldiciendo la ingratitud de las cortes y la debilidad de los reyes, y vuelve á hallar su energía natural en el retiro y en el estudio. El rey conmuta su prision en un destierro y le envía á la ciudadela de Caen, en donde vuelve á encontrarse en un convento con aquella prima que tanto había amado. Libre aún esta, y causada ya de la vida monástica, conoce que su corazón no ha muerto aun, y se casa con su primo. Este es nombrado entonces comandante de Cherbourg. Su genio activo se ejercita contra los elementos, así como se había ejercitado contra los hombres. Conibe allí el famoso plan de aquel puerto militar que debía encareclar una mar borrascosa en una cuenca de granito y dar á la marina

francesa un lugar de descanso en el canal de la Mancha. Así pasa quince años en los que sufre no pocas contrariedades en la vida doméstica, causadas por el mal genio, y por la devoción austera de su muger; dedicase sin embargo, á continuos estudios militares, aunque sin método, y reparte el tiempo entre estos y las disipaciones de la sociedad filosófica y voluptuosa de su época.

La revolución va aproximandose cada vez mas, y le encuentra indiferente á sus principios, y preparado á sus vicisitudes. Su buen criterio le hace abarcar con una sola mirada el alcance de los acontecimientos. Comprende muy pronto que una revolución en las ideas debe llevarse tras sí las instituciones, á menos que estas se modelen sobre aquellas; se declara sin ninguna entusiasmo por la Constitución, desea que el trono se sostenga, no cree en la república, presiente un cambio de dinastía y aun se le acusa de meditarlo. La emigracion diezma los que están mas elevados que él en la milicia y llega á ser nombrado general por antigüedad. En estas circunstancias, observa una conducta firme al par que hábil, y se mantiene á igual distancia del trono y del pueblo, tan separado del contrarrevolucionario como del faccioso, y dispuesto á pasarse á la corte ó á la nacion según lo que vayan arrojando de sí los sucesos. Alternativamente y como para probar su fuerza, ya se acerca á Mirabeau, ya á Montmorin, ya al duque de Orleans y á los jacobinos, ya finalmente al partido de la Gironda y á La Fayette. En los distintos mandos que le toca desempeñar en aquellos días de crisis, mantiene la disciplina con su popularidad, transige con el pueblo amotinado, y se pone á la cabeza del movimiento para contenerle. El pueblo le cree partidario acérrimo de su causa, el soldado le adora, y él, aunque detesta la anarquía, adula á los demagogos, valiéndose con habilidad para obtener el aura popular de aquellos manejos astutos cuyo arte le ha enseñado Favier. El ve en la revolución una intriga



heróica, y maniobra con su patriotismo cual lo hubiera hecho en el campo al frente de los regimientos. Ve con entusiasmo aproximarse la guerra porque conoce ya de antemano que le toca desempeñar en ella el papel de héroe. Presiente que la revolucion abandonada de la nobleza y atacada por toda la Europa reunida, necesitará un general esperto para dirigir los esfuerzos desordenados de las masas que ella subleva. Fatigado de representar un papel subalterno por espacio de tantos años, se prepara para ser el general destinado á ocupar el elevado puesto de que acaba de hablarse. A la edad de cincuenta y seis años conserva todo el fuego de su juventud unido á la sangre fria del tiempo que realmente tiene; su oráculo es el afan de adelantar; y el arrojo con que se lanza hácia la gloria está en proporcion del tiempo que lleva perdido hasta entonces. Fortalecido su cuerpo por los muchos climas que ha variado y por el sin número de viages que ha hecho, se presta como un instrumento pasivo á su actividad; todo es jóven en él, excepto la fecha de su nacimiento. Sus años estaban gastados, pero su fuerza se conservaba en todo su vigor. Este hombre tenia la juventud de César, la impaciencia de su fortuna, y la certidumbre de alcanzarla: para los grandes hombres no hay otra vida que su engrandecimiento, este no habia vivido aun, porque no se habia engrandecido suficientemente.

## VII.

Era Dumouriez de aquella estatura mediana del soldado francés, que hace que le caiga bien el uniforme, que lleve la mochila sin fatigarse demasiado y que maneje con viveza el sable ó el fusil; fuerte y ligero al mismo tiempo, tenia su cuerpo el aplomo de aquellas está-

tuas que descansan sobre sus tendidos músculos, pero que parece que están dispuestas á andar. Su actitud era activa, y todos sus movimientos tan vivos como su espíritu. Sabia manejar con tanta habilidad la bayoneta como la espada, y aunque echaba la cabeza un poco hacia atrás, esta se destacaba elegantemente sobre sus hombros. Toda su fisonomia anunciaba la sensibilidad del alma, la delicadeza de la inteligencia y la finura del discernimiento. Sus ojos eran negros y llenos de fuego, hermoseados por dos cejas muy pobladas del mismo color. Su rostro ovalado y su nariz aguileña, revelaban que pertenecia á una de aquellas razas ennoblecidas por la guerra y por la costumbre de mandar á otros hombres; en su graciosa boca entreabierta habia siempre una sonrisa cariñosa que constituia la espresion habitual de su fisonomia, siempre serena y comunicativa. Nunca se doblaba bajo el peso de los negocios por intrincados que fuesen, y siempre conservaba suficiente presencia de ánimo para hablarse de la fortuna cuando le era contraria. Trataba sin austeridad de política, de guerra ó de gobierno, y su voz sonora y fuerte, dominaba el ruido del tambor y el choque de las bayonetas. Su elocuencia directa, espiritual é inesperada, heria y deslumbraba como el rayo, al paso que enternecia y se insinuaba como la de las mugeres. Esto consistia sin duda, en que muy fácil de enamorar, el trato continuo con el bello sexo le habia comunicado algo de la mas bella de cuantas virtudes posee la muger: la compasion. El no sabia resistir á las lágrimas; las de la reina hubiesen hecho de él un paladin del trono, porque este hombre hubiese sacrificado gustoso todos sus bienes á un movimiento generoso. La grandeza de su alma era enteramente sentimental, y no entraba en ella para nada el cálculo de un frio egoismo. No tenia principios fijos en política, la revolucion no era para él sino un hermoso drama á propósito para proporcionar una grande escena á

sus facultades, y un papel á su genio en que quedase airoso. Grande hombre al servicio de los acontecimientos, si la revolucion no le hubiese elegido por su general y salvador, hubiese sido del mismo modo, general y salvador de la coalicion. Dumouriez no era el héroe de un principio, sino el de las circunstancias de la época en que le tocó figurar.

## VIII.

Los nuevos ministros se reunieron en casa de madama de Roland, alma del ministerio girondino; Duranton, Lacoste, Cahier-Gerville, instrumentos pasivos del partido, recibian allí las inspiraciones de los principales gefes de él, y no proponian en el consejo sino lo que aquellos querian. Dumouriez en los primeros dias de su ministerio, afectó tambien una gran deferencia á cuanto ellos proponian y una condescendencia completa en seguir su voluntad y en sacrificarse por los intereses del partido. Personificado éste en madama Roland, jóven hermosa y elocuente, tenia un atractivo mas para el general que confió dominarle, dominando el corazon de aquella muger. Para conseguirlo desplegó todos los recursos de su carácter y todas las gracias de su genio seductor. Pero madama Roland tenia un preservativo contra las seducciones de aquel guerrero, que Dumouriez no estaba acostumbrado á hallar en las mugeres que habia amado. Consistia este en una virtud austera unida á una conviccion íntima. Solo habia un medio de captarse la admiracion de madama Roland, que era escederla en patriotismo. Estos dos caracteres tan opuestos, no podian hallarse sin chocar, ni comprenderse sin despreciarse mutuamente. Bien pronto no fué madama Roland para Dumouriez sino una fanática de genio áspero, y Dumouriez no tardó mu-

cho en merecer á madama Roland el concepto de un hombre ligero y presuntuoso. La austeridad de costumbres de aquella muger, la hacia darse por ofendida de las atrevidas miradas del general y de la libertad de sus palabras cuando referia las innumerables aventuras galantes de que habia sido héroe. Madama Roland, veia en Dumouriez al elegante cortesano mas bien que al patriota, y sus maneras aristocráticas desagradaban altamente á la humilde hija del grabador, porque la recordaban quizá su humilde estraccion y las humillaciones que habia sufrido en Versalles en sus años juveniles. Su ideal no era el militar sino el ciudadano, y un alma republicana era la única seducccion capaz de conquistarla. Ademas, desde la primera mirada notó que aquel hombre era demasiado ambicioso para pasar mucho tiempo sin ser mas que un instrumento pasivo de su partido, y adivinó su gran genio á través de las fingidas condescendencias que usaba en un principio, y su ambicion bajo su aparente hombría de bien. «Ten cuidado con ese hombre, dijo á su marido desde la primera entrevista, podrá ser muy bien que tengais en él un tirano en vez de un compañero, y que arroje del consejo á los mismos que le han dado entrada en él.»

## IX.

Satisfecho Roland de verse en el poder, no preveia tan á lo lejos la desgracia que le anunciaba su muger, á la que tranquilizaba, y cada día se fiaba mas en la fingida admiracion que hacia el manifestaba Dumouriez. Creiase ser el hombre de Estado del consejo, y satisfecho su vanidad le hacia ser crédulo respecto á cuanto Dumouriez le proponia, y hasta llegó á enternecerse por la suerte del rey. Cuando Roland entró en el ministerio,

habia afectado hasta en el traje la aspereza de sus principios, y en sus maneras la sencilla severidad republicana. Habíase presentado en las Tullerías con frac negro, sombrero redondo, zapatos sin hebillas y llenos de polvo, queriendo mostrar en él el hombre del pueblo que desafiaba al hombre del trono entrando en palacio con el simple traje de ciudadano. Parecióle que aquella muda insolencia debía ser del agrado de la nacion y humillante para el rey: en efecto, los cortesanos se habian indignado al verle vestido de aquel modo, el rey habia suspirado y Dumouriez se habia echado á reir. «Ah señores, habia dicho á los cortesanos, no tiene duda que supuesto que ya no hay etiqueta tampoco hay ya monarquía.» Esta chanza habia sido suficiente para disipar á la vez el enfado de la corte y para destruir todo el efecto de la pretension lacedemonia de Roland.

El rey no reparaba ya en el traje de Roland y le trataba con aquella cordialidad que hacia que todo el mundo le apreciase. Los nuevos ministros se admiraban al sentirse conmovidos en presencia del monarca, y habiendo entrado en el consejo con todas las prevenciones republicanas, salian de él medio realistas.

«El rey no está conocido, decia Roland á su muger; aunque de carácter débil no puede darse otro hombre mejor; lo que le ha faltado hasta ahora ha sido quien le aconsejase bien, porque sus intenciones no pueden ser mejores; tampoco es amigo de la aristocracia, su corazon es del pueblo, y quizá haya nacido para servir de transaccion entre la república y la monarquía. Haciéndole dulce la Constitucion, lograremos que la ame sinceramente, y abandonándose á nuestros consejos volverá á reconquistar su popularidad, con lo cual nos será mas fácil á nosotros gobernar. Su carácter es tan bueno que ni aun el trono ha podido corromperle. Está tan distante de ser el embrutecido imbécil que han querido manifestar al pueblo para que se riese de él, como el hombre

sensible y completo que quieren hacer adorar en él su cortesanía. Su talento, sin ser superior, es vasto y en un estado oscuro su mérito hubiese sido suficiente á su destino; tiene muchos y profundos conocimientos, sabe hasta las cosas mas insignificantes respecto á negocios, y trata á los hombres con aquella sencilla, pero persuasiva habilidad que adquieren los reyes por la necesidad precoz en que se hallan de saber dominar sus impresiones. Su prodigiosa memoria le recuerda siempre á tiempo las cosas, los nombres y las personas. Amante del trabajo, todo lo lee por sí, y no está ni un momento ocioso; padre tierno, modelo de esposos y de corazon casto, ha desterrado de la corte todos los escándalos que la degradaban en tiempo de sus predecesores; ama únicamente á la reina, y su condescendencia con ella, funesta algunas veces á su política, es hija de su virtud mas bien que de su debilidad. Si Luis hubiese nacido dos siglos antes, su pacífico reinado hubiese sido citado como una de las épocas mas felices de la monarquía. Las circunstancias parece que han obrado sobre su espíritu, y ahora que la revolucion le ha convencido de su necesidad, es preciso convencerle de su posibilidad. En nuestras manos, el rey puede servirla mejor que ningún otro ciudadano del reino, é ilustrando á este príncipe nosotros podemos ser fieles á la vez á sus verdaderos intereses y á los de la nacion: es menester que el rey y la revolucion sean en nosotros una misma cosa.

## X.

De esta manera hablaba Roland en los primeros dias de su elevacion al poder: escuchábase su muger con la sonrisa de la incredulidad en los labios, porque habia abareado á la primera mirada otra carrera mas vasta y

otro término más decisivo que aquella transacción tímida y transitoria entre un trozo degradado y una revolución incompleta. A esta muger la hubiese costado mucho renunciar al ideal de su alma fogosa; todos sus votos tendían hácia la república; todos sus actos, todas sus palabras y todos sus suspiros debían, sin saberlo ella, precipitar á su marido y á sus amigos en aquella forma de gobierno.

«Desconfía de la perfidia de todos, y desconfía sobre todo de tu propia virtud, respondió aquella muger al débil y orgulloso Roland. Tú vives ahora en medio de una corte donde todo es apariencias, y donde las palabras más dulces ocultan las más siniestras intenciones. Tú no eres más que un paisano honrado, extraviado en medio de todos esos cortesanos; ó por mejor decir, una virtud espuesta á todos los peligros en medio de tantos vicios; los cortesanos saben hablar nuestro idioma y nosotros ignoramos el suyo. ¿Cómo han de dejar de engañarnos? Luis XVI, de una raza embrutecida, hombre de cortos alcances y sin energía, se ha dejado dominar desde su juventud por unas preocupaciones religiosas que han enervado su alma. Dejándose llevar por una reina aturdida, que á la insolencia austriaca reúne la embriaguez de la belleza y del alto rango en que le ha colocado la suerte, muger que además hace de su corte secreta y corrompida el santuario de sus placeres y el culto de sus vicios, resulta de todo esto que ese príncipe, fanatizado por una parte por los curas y ciego de amor por otra, maneja las riendas del Estado según las distintas inspiraciones que recibe, razón por la cual están muy próximas á escapársele de las manos. Agotada la Francia de hombres, no le ofrece ya ni en Maurepas, ni en Necker, ni en Calonne, unos ministros capaces de dirigirle; la aristocracia infecunda no produce ya sino escándalos; es preciso que el gobierno salga de otra capa más honda y más sana de la nación. ¡Ha llegado el tiempo de la de-

mostración, por qué le retardáis! Vosotros sois sus hombres, sus virtudes, sus caracteres y sus luces. La revolución está detrás de vosotros y os saluda é impulsa á obrar. ¿Seríais capaces de engañarla abusando de su confianza, entregándola á la primer sonrisa en manos de un rey, porque este rey tiene la hombría de bien y la sencillez de un hombre del pueblo! No, Luis XVI medio destronado por la nación, no puede amar la Constitución que le encadena; él puede fingir que lleva gustoso sus grillos, pero su único pensamiento es ver el modo de poder quitárselos. Su único recurso en el día es protestar su adhesión á la revolución para adormecer de este modo á los ministros encargados por ella de vigilar de cerca sus tramas; ese fingimiento es la última y la más peligrosa de las conspiraciones del trono. La Constitución es la caducidad de Luis XVI, y los ministros patriotas son sus vigilantes; no hay ninguna grandeza abatida que ame sinceramente su caducidad, ni hombre que se goce en su propia humillación. Cree á la naturaleza humana, Roland, ella es la única que jamás engaña; ¡desconfía de las cortes! tu virtud es demasiado sublime para que veas los lazos que tienden los cortesanos en el terreno que pisas.»

#### XI.

Semejante lenguaje hacia dudar á Roland. Brissot, Condorcet, Vergniaud, Gensonné, Guadet, y sobre todo Bazot, amigo y confidente íntimo de madama Roland, trataban de infundir á aquel la misma desconfianza respecto al rey, en las reuniones que tenían de noche en su casa. Estos esfuerzos reunidos, influían mucho en el nuevo ministro, que al día siguiente entraba en el consejo arrugando el entrecejo y armado de un estoicismo implacable; pero muy en breve le desanimaba el rey con su

franqueza, Dumouriez le desanimaba con su jovialidad, el poder le ablandaba con su prestigio. El trataba de aplazar en cuanto le fuese posible las dos grandes dificultades del momento, que consistían en la sanción del rey á los dos decretos que mas repugnaban á su corazón y á su conciencia, á saber: el que se habia dado contra los emigrados y el otro contra los sacerdotes no juramentados; finalmente, trataba tambien de dar largas á la guerra.

Durante esta tergiversacion de Roland y sus colegas, Dumouriez iba apoderándose del ánimo del rey y del favor del público, y todo el secreto de su política estaba contenido en las palabras que poco antes habia dicho á Mr. de Montmorin en una conferencia reservada que habian tenido: «Si yo fuese rey de Francia sabria burlarme de todos los partidos poniéndome á la cabeza de la revolucion.»

Estas palabras encerraban la única política capaz de salvar á Luis XVI. En épocas de revolucion todo rey que no es revolucionario, perece inevitablemente por el choque de los dos partidos opuestos; un rey en cuanto se declara neutro, no reina ya; un rey perdonado rebaja el trono, un rey vencido por su pueblo, no tiene otro asilo que el destierro ó el cadalso. Dumouriez conocia que ante todo le era preciso convencer al rey de su íntima adhesión hácia su persona; iniciarle en la confianza, ó por decirlo así, en la complicidad del papel patriótico que él se proponia desempeñar; hacerse el mediador secreto, entre las voluntades del monarca y las exigencias del consejo, y dominar de este modo, al rey por su influencia sobre los girondinos, y á estos por su influencia sobre el rey. Este papel de favorito de la desgracia y protector de una reina perseguida, halágbala tautola ambición de Dumouriez como estaba en armonía con las aspiraciones de su corazón. Militar, diplomático y caballero, los sentimientos que abrigaba en su alma hácia un trono degradado

eran muy distintos de aquella envidia satisfecha, que se notaba en los girondinos. El prestigio del trono existia para Dumouriez; el de la libertad era el único que existia para los girondinos. Las buenas disposiciones de Dumouriez respecto al trono reveladas en su actitud, en su lenguaje y en todas sus acciones, no podían pasar desapercibidas para Luis XVI por mucho tiempo. Los reyes tienen un tacto particular que el infortunio hace mas delicado; los desgraciados conocen la compasión que inspiran con solo que se les dirija una mirada, y como este es el único homenaje que les es permitido recibir, son muy celosos de él. En una conversacion secreta, el rey y Dumouriez pudieron franquearse reciprocamente.

## XII.

Las apariencias turbulentas de Dumouriez en los distintos mandos que habia obtenido hasta entonces, su amistad con Gensonné y el favor de los jacobinos, habian prevenido á Luis XVI en contra suya. El ministro por su parte esperaba hallar en el rey un espíritu rebelde á la Constitucion, un corazón resentido por los ultrajes del pueblo, un talento limitado por la rutina, un exterior brusco y una palabra dominante y capaz de humillar á cuantos se le acercasen. Tal era la opinion falsa que la nacion tenia de su rey, porque para lograr que esta le aborreciese, era preciso presentarlo enteramente distinto de lo que era en realidad.

Dumouriez desde el primer dia, así como en los tres meses que duró su ministerio, vió en el rey un talento despejado, un corazón siempre dispuesto á hacer el bien, una educacion esmerada y una longanimidad y una paciencia capaces de hacer frente á todas las calamidades que le rodeaban. Solo se advertia en Luis XVI una ti-